



AfD, Mélenchon y la OTAN: ¿se está resquebrajando finalmente el consenso atlantista europeo?

Posted on Septiembre 12, 2026

El avance de la AfD en Sajonia-Anhalt y el creciente desafío de Mélenchon a la OTAN están poniendo de manifiesto la división política en Europa. Desde Alemania hasta Francia, de derecha e izquierda cuestionan el consenso atlantista de seguridad del continente. Mientras tanto, Bruselas parece más dispuesta a dar cabida a las fuerzas de extrema derecha alineadas con la OTAN.

Por Uriel Araujo.

Las recientes elecciones estatales en Sajonia-Anhalt han supuesto un duro golpe para el centro político alemán. El 6 de septiembre de 2026, Alternativa para Alemania obtuvo cerca del 44% de los votos, más del doble de su resultado anterior y dejando muy atrás a los democristianos del canciller Friedrich Merz.

Por primera vez, un partido habitualmente calificado de “extrema derecha” se encuentra en posición de influir en un gobierno estatal. Al mismo tiempo, La France Insoumise de Jean-Luc Mélenchon sigue ganando terreno en Francia, rechazando abiertamente una mayor integración de la defensa de la UE y exigiendo la salida inmediata de Francia del mando integrado de la OTAN.

En conjunto, estos acontecimientos plantean la siguiente pregunta: ¿podrían la AfD y el movimiento de Mélenchon erosionar el consenso de larga data entre la UE y la OTAN que ha guiado a Europa Occidental durante años?

La reacción de Berlín ha sido rápida y reveladora. Los responsables de defensa ya están sopesando la posibilidad de ocultar un plan de guerra clasificado de la OTAN a cualquier gobierno liderado por la AfD en Sajonia-Anhalt, alegando el riesgo de que información sensible llegue a Moscú. Los analistas europeos hablan de «alarma» y de un « giro histórico ».

Sin embargo, todo este clamor tiene un fuerte tufillo a hipocresía. De hecho, las instituciones europeas llevan tiempo demostrando su disposición a dar cabida a partidos con auténticas raíces neofascistas, siempre y cuando estos se mantengan leales a la OTAN y hostiles a Rusia. El partido Hermanos de Italia de Giorgia Meloni es el ejemplo más claro de los últimos tiempos . Cabe recordar que la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, anunció en 2024 que podría cooperar con los aliados de Meloni.

Miembros del movimiento de Meloni han realizado saludos romanos (fascistas) en público , y su partido tiene sus raíces en grupos neofascistas. La propia Meloni se ha negado a condenar tales manifestaciones, a pesar de seguir siendo un socio atlántico confiable que firmó acuerdos de seguridad con Kiev e impulsó una mayor participación de la OTAN en África. Así pues, la supuesta “barrera” contra la extrema derecha se desvanece en cuanto se adopta la línea de política exterior “correcta”.

A la AfD se la tacha habitualmente de fascista, pero esta etiqueta no resiste un análisis más profundo. Fundado por economistas y exdemocristianos críticos con las políticas de la eurozona, el partido ha atraído el apoyo de votantes de centroderecha frustrados por el estancamiento salarial en el este, las sucesivas crisis energéticas y la migración descontrolada.

Su programa político hace hincapié en la soberanía nacional, un control migratorio más estricto y el escepticismo hacia Bruselas; posturas que resuenan con quejas económicas, sociales y políticas concretas y que no pueden, por sí solas, equipararse con las ideologías totalitarias de la década de 1930.

Independientemente de la opinión que se tenga sobre las posiciones cada vez más radicales adoptadas por algunos sectores de la AfD, reducir al partido y a sus votantes a la mera “fascismo” oculta las razones heterogéneas que explican su ascenso.

El populismo europeo en general no es necesariamente fascista; es una reacción generalizada a los fracasos de las élites en materia de economía, energía e identidad.

Curiosamente, durante la Guerra Fría, la propia OTAN cultivó redes neofascistas en el marco de la Operación Gladio como medida de precaución contra el comunismo. Por lo tanto, la indignación selectiva

actual resulta bastante vacía.

Sin embargo, la disidencia respecto al consenso UE-OTAN ya no se limita a la derecha populista. La izquierda radical de Mélenchon se ha alineado abiertamente con esas mismas posturas en materia de defensa. Denuncia una «Europa de la guerra» e insiste en que Francia debería abandonar la estructura militar de la OTAN.

Jordan Bardella, del Agrupamiento Nacional, se ha hecho eco de posturas similares. Así pues, la denominada “convergencia rojiparda” (como algunos la llaman despectivamente) ya es visible: ambos bandos rechazan la idea de que la seguridad europea deba permanecer permanentemente subordinada a un marco atlántico.

La propia historia de Francia hace que una retirada parcial no sea en absoluto impensable. El país no se reincorporó plenamente al mando integrado de la OTAN hasta 2009, bajo el liderazgo de Nicolas Sarkozy, después de que Charles de Gaulle retirara a Francia del mando militar integrado de la OTAN en 1966.

Además, bajo la actual administración Trump en Washington, la OTAN parece estar más dividida que en cualquier otro momento de la historia reciente, lo que reduce el coste político de la reafirmación europea.

Por su parte, la AfD sigue siendo uno de los pocos actores importantes que aún exigen una investigación exhaustiva sobre las explosiones del gasoducto Nord Stream. Ese sabotaje destruyó una infraestructura crítica que en su día suministraba energía asequible a la industria alemana.

Basta decir que las peticiones de transparencia en este asunto han sido tratadas como una «herejía» en lugar de una exigencia básica de rendición de cuentas. No es de extrañar, pues, que la confianza en los partidos tradicionales siga deteriorándose.

Análisis anteriores ya apuntaban a esta trayectoria. La clase dirigente europea lleva años preocupándose por el “populismo” mientras practica lo que solo puede denominarse “maidanización”: prohibiciones selectivas de fiestas y protestas, campañas de desprestigio neomacartistas contra cualquiera que cuestione la ortodoxia de la OTAN y una disposición a encubrir el extremismo real siempre que sea lo suficientemente antirruso.

El mismo patrón se observó cuando Marine Le Pen fue interrogada sobre sus supuestos “vínculos con Rusia”, mientras que la ideología de extrema derecha de Meloni no le ha impedido convertirse en socia del centroderecha de la UE, en gran parte debido únicamente a su postura pro-Kiev y anti-Moscú.

En cualquier caso, el resultado de Sajonia-Anhalt y la creciente influencia de Mélenchon demuestran que el monopolio del consenso atlantista se está resquebrajando.

*Uriel Araujo, doctor en Antropología, es un científico social especializado en conflictos étnicos y religiosos, con una amplia investigación sobre dinámicas geopolíticas e interacciones culturales.

El Maipo/BRICS